



EL CAMIÓN-GASOLINERA, O LOS PELIGROS DE CASARSE CON UNA MUJER DEMASIADO GORDA

Pocos hombres conocen los riesgos a que se exponen cuando se casan con una mujer demasiado gorda. La mayoría de ellos creerán que lo más que les puede suceder son pequeñas incomodidades en el tálamo nupcial, como dificultades para atinar con el sagrado cofre del amor, angustias y síntomas de asfixia al hundirse entre las masas cárnicas de su cuerpo y algún síndrome de aplastamiento si ha sido ella la que ha querido incubar al esposo como si fuera un polluelo.

Honorio podría atestiguar que el casamiento con una gorda entraña situaciones mucho más enojosas. Bien es verdad que la mujer de Honorio, Trófima, acumulaba sobre su descomunal gordura algunos otros defectillos que hacían la convivencia difícil. Trófima soplabla cerveza que era un primor. Hija de un sargento del ejército del Kaiser Guillermo II que casó con una cocinera cordobesa, vino a pasar unos meses con su abuelita cuando todavía era núbil en edad de merecer y quedó prendada de nuestro sol. "Aquí la cerveza se suda mejor", pensó. A la ya prometedor elefantita no le faltaba razón: en el verano cordobés, con cuarenta grados a la sombra, la cerveza se suda divinamente.

Entonces conoció a Honorio, un honesto hombrecillo que frisaba la cuarentena y que de siempre había reservado su soltería "para un gorda cariñosa y simpática". A Trófima le gustó Honorio por dos razones: en primer lugar porque el "hijoputa dél tiene grasa", como explicaba ella misma tratando de acertar con el acento cordobés. Y en segundo lugar, porque Honorio era funcionario de la CAMPSA, y como tal gobernaba un espléndido camión-cisterna en el que transportaba gasolina de los depósitos de la compañía a las gasolineras. En aquel hermoso camión, pintado -¡cómo no!- con los patrióticos colores de nuestro glorioso pendón nacional, el Honorio andaba por las calles y carreteras de Córdoba con una seguridad en sí mismo que el Herr Sargento del ejército del Kaiser Guillermo II no hubiera podido ignorar. "¡ Irresistible!", pensaba la grasienta Trófima. E instintivamente se imaginaba a aquel renegrado príncipe azul bajando de la cabina del camión-cisterna, abriendo la llave y derramando cientos de metros cúbicos de cerveza sobre su voluptuoso cuerpo desnudo, mientras como música de fondo alternaba el Coro de los Peregrinos de Tanhauser y un rasgueo de guitarra

andaluza.

Modelo ideal para Rubens, si es que el buen Pedro Pablo hubiera podido encontrar nunca un lienzo que acogiera su orondo perímetro, Trófima ignoraba que su irrefrenable hedonismo pudiera arruinar su matrimonio y, a la postre, su vida. Los primeros meses de convivencia fueron gratuitos para los dos. El taimado Honorio se reveló como una incansable furia de la naturaleza capaz de mover montañas. Todas las noches abordaba la escalada del monte de Venus de Tró fima con la agilidad de una capra hispánica. Entre ayes y susurros, la Trófima estuvo a punto de ahogarle en varias ocasiones, pero Honorio lograba. escurrirse del cataclismo como una anguila, y veía triunfador cómo su amada mole, todo estertores y jadeos, recibía alucinada los envites de su virilidad. Luego, en el letargo que sucedía a aquellas agotadoras sesiones amorosas, la Trófima le enterraba entre sus esponjosos y abundantes brazos y le musitaba la oído.

- ¡Oh!, cuánto gustaría ahora fresca cerveza...

Al cabo de medio año, Honorio empezó a preocuparse por la insistencia con que su señora solicitaba cerveza. Algo de su afición a la rubia bebida ya conocía, pero nunca pudo suponer que fuera tan intensa como para necesitar mojar sus labios en ella nada más salir de un coito. Pronto Trófima le confesó su indomable afición.

- Papá beber muchos bocks de cerveza. Yo adorar rica cerveza, que ser estímulo de mi ardiente amor y sano diurético.

Cuando Honorio comprobó las cuentas de cerveza que su esposa tenía pendientes con los bares del barrio creyó que la cosa pasaba de castaño oscuro. Por otra parte, con los calores del verano, entregarse a diabluras eróticas con su mujer era sumergirse en una vaporosa sauna de la que uno salía bañado en sudores cerveceros. Su amor por la gorda, incrementado en un primer momento por el sibarítico placer de mullirse en sus adiposidades, comenzaba ahora a resquebrajarse por una simple cuestión de reluctancia física. Sin embargo, en el éxtasis de sus camadas, aún sentía la atávica llamada de la morbidez instintiva, y juraba para sus adentros que por sus muertos que no había como su gorda, por muy sudorosa y maloliente que se la entregara Eros.

Encenagado en su malsana pasión, y dominado por el nervio prusiano de Trófima, Honorio no se dio cuenta de que poco a poco su personalidad había quedado completamente anulada. La gorda se había adueñado de su voluntad y lo manejaba como una marioneta. Hasta dentro del Kaiser Guillermo II que casó con una cocinera cordobesa, vino a pasar unos meses con su abuelita cuando todavía era núbil en edad de me recer y quedó prendada de nuestro sol. "Aquí la cerveza se suda mejor", pensó. A la ya prometedor elefantita no le faltaba razón: en el verano cordobés, con cuarenta grados a la sombra, la cerveza se suda divinamente.

Entonces conoció a Honorio, un honesto hombrecillo que frisaba la cuarentena y que de siempre había reservado su soltería "para un gorda cariñosa y simpática". A Trófima le gustó Honorio por dos razones: en primer lugar porque el "hijoputa dél tiene grasa", como explicaba ella misma tratando de acertar con el acento cordobés. Y en segundo lugar, porque Honorio era funcionario de la CAMPSA, y como tal gobernaba un espléndido camión-cisterna en el que transportaba gasolina de los depósitos de la compañía a las gasolineras. En aquel hermoso camión, pintado -¡cómo no!- con los

patrióticos colores de nuestro glorioso pendón nacional, el Honorio andaba por las calles y carreteras de Córdoba con una seguridad en sí mismo que el Herr Sargento del ejército del Kaiser Guillermo II no hubiera podido ignorar. "¡Irresistible!", pensaba la grasienta Trófima. E instintivamente se imaginaba a aquel renegrado príncipe azul bajando de la cabina del camión-cisterna, abriendo la llave y derramando cientos de metros cúbicos de cerveza sobre su voluptuoso cuerpo desnudo, mientras como música de fondo alternaba el Coro de los Peregrinos de Tanhauser y un rasgueo de guitarra andaluza.

Modelo ideal para Rubens, si es que el buen Pedro Pablo hubiera podido encontrar nunca un lienzo que acogiera su orondo perímetro, Trófima ignoraba que su irrefrenable hedonismo pudiera arruinar su matrimonio y, a la postre, su vida. Los primeros meses de convivencia fueron gratuitos para los dos. El taimado Honorio se reveló como una incansable furia de la naturaleza capaz de mover montañas. Todas las noches abordaba la escalada del monte de Venus de Trófima con la agilidad de una capra hispánica. En camión había perdido la prestancia y la dignidad que siempre le habían distinguido. Las mozas de la judería ya no le miraban, y dentro de la empresa el jefe de personal intuía que algo le ocurría a su fiel empleado, antes esplendoroso ejemplo y hoy negligente y olvidadizo.

Un día, Honorio desapareció. Su ausencia hubiera pasado más fácilmente inadvertida de no ser porque con él dejó de prestar servicios el hermosísimo camión-cisterna. Esta circunstancia obligó a una investigación en toda la regla. Trófima fue visitada, pero tampoco estaba en casa. Los vecinos poco pudieron aclarar. La fantasía popular hilvanó pronto las más peregrinas historias.

- Ella es una sacamantecas, por mis hijos que lo es. Lo ha matado y se ha bebido la sangre del pobre Honorio.

- Han robado la gasolina y se han fugado para vendérsela a los alemanes para que hagan otra guerra. ¿Es que no os habeis dado cuenta de que ella es una Mata-Hari?. ¡Je!, pues no tién encanto las gordezuelas. Más de veinte en el barrio estaban que trinaban por darse un revolcón con la Trófima.

Por fin una mañana los rumores enmudecieron. A la puerta de la casa de la grotesca pareja apareció el camión-cisterna. A la hora de costumbre, Honorio montó en él y se presentó en la empresa. La cosa en principio no pasó a mayores. Fue objeto de una amonestación y de una sanción económica, pero los años prestados y su immaculado expediente aún le otorgaron un margen de confianza.

La monstra se había salido con la suya. Los directivos lo ignoraban, pero el camión del Honorio ya no transportaba gasolina. En su interior viajaban miles de metros cúbicos de cerveza alemana, traída desde Munich en la peregrinación fantasma que Honorio y Trófima tuvieron que llevar a cabo a instancias de la caprichosa gorda.

Las orgías que a partir de entonces organizó aquel elefante blanco fueron sonadas. Baco y Eros se habían poseído de su cuerpo y, en aras de su satisfacción, el desdichado Honorio, esclavizado por el vicio, se consumía día a día como una pastilla de jabón. La gorda, insaciable, se bañaba, buceaba en cerveza, para acabar buscando en el amor y en la sudada la redención de su demoniaca pasión.

Amparado en la oscuridad de una noche de octubre, el Honorio vació entre sollozos en las aguas del Guadalquivir los últimos hectolitros de cerveza. Delgado y acartonado, verde pálido de tez y con nieve en sus patillas, el pobre Honorio parecía una caricatura del honrado empleado de otros tiempos. Pero la gorda, no contenta con arruinar el cuerpo y el buen nombre de su esposo, estaba dispuesta a destruir también su sensible corazón. La enfermedad había hecho presa de su cetácea humanidad, en la forma tan inelegante de una torrencial incontinenencia de orina. Todos los miles de litros que habían entrado en su cuerpo salían ahora humeantes y hediondos en un constante chorreo que amenazaban convertir su casa en un inmundo manantial de ácido úrico. El pragmatismo de la teutona encontró en el camión-cisterna el escondite ideal de su vergonzosa enfermedad.

- Tú llenas todas noches cisterna con pipí de tu Trofimita. E luego vaciar contenido en río y regresar a camita donde tu Trofimita te premiará.

Con gesto de resignación, el Honorio escuchó las humillantes instrucciones. Luego, sin valor ni fuerzas para reaccionar, obedeció como un autómeta las órdenes de su esposa. Cuando de regreso de su clandestino porte aún tenía que rendir a la monstrua cuentas de su mermada hombría, Honorio percibía la humedad en sus muslos, y una asquerosa tufarada en sus narices. Ahora aborrecía ya a ese esperpento inflado que sólo vivía para joder y orinar. La odiaba, pero la temía. ¿Qué podía hacer un gorrion contra un hipopótamo?.

La vergüenza de ser descubierto y castigado por la ley significaron para el pobre Honorio una liberación. Cuando un día se encontró en una celda que no olía a pis y que en lugar de una pirámide de carne gelatinosa ofrecía un escualido catre, Honorio pensó que la vida era maravillosa. Bostezó largamente ante los ojos sorprendidos del carcelero, que no entendía como un preso recién ingresado pudiera mostrarse tan optimista, y después de darle las buenas noches se sumió en un largo, profundo y reparador sueño. Dos años de descanso y abstinencia, y Honorio Fernández volvería a ser el de siempre.

Trófima, convertida en un colchón tridimensional que rezumaba acideces malolientes, falleció una tarde en la enfermería de la Prisión de Mujeres. Sus últimas palabras fueron de cariñoso recuerdo para Honorio, a quien ponderó ante sus compañeras como uno de los más acreditados sementales cordobeses "y aún de toda Europa occidental". Su voluntad postrera dispuso que la enterraran dentro de un enorme barril de cerveza que sus deudos ya habían encargado a un tonelero muniqués.

Y el bonito camión-cisterna de gasolina, debidamente desinfectado y desinsectado, pasó a engrosar mi colección de juguetes de hojalata. Cuando lo veo y me fijo en su cabina vacía, me felicito a mí mismo por haberme casado con una mujer delgada, sobria y c,)n un poder limitado sobre la frágil voluntad que todos los hombres oponemos al amor.